

HEMEROTECA
Abrapalabra
no.9
1992
c.2



Abrapalabra

Revista de Literatura

UNIVERSIDAD

RAFAEL LANDIVAR

Departamento de Asuntos Culturales

Premios

Narrativa
Poesía

9

1992



Premios de Poesía y Narrativa

Abrapalabra

1992



Universidad Rafael Landívar
Departamento de Asuntos Culturales
Guatemala, C.A.

SEMBLANZA DE LA REVISTA ABRAPALABRA

María Arranz

Señor Rector de la URL. Licenciado Gabriel Medrano Valenzuela
Señor Secretario General. Licenciado Jorge Cabrera
Señoras y Señores:

Es un deber y un placer, en ocasión señalada como la de hoy, referirse a la trayectoria de cómo fueron las cosas, o si queréis verlo desde el sincretismo, a la aventura amorosa que se desprende de la circunstancia editorial de la revista Abrapalabra.

Aventura, sí. Habéis oído bien. Aventura a la manera aleixandriana, que enseña: "si no hay vida literaria se inventa". Y no hay que decir con qué frecuencia, haciendo honor a esta consigna, han proliferado las revistas poéticas, combatiendo activamente la sensación de derrota. A este respecto, la bibliografía en Guatemala, no admite duda. Y a la luz de la verdad histórica, ilusión y percepciones venían confluyendo desde nuestras aulas de la Facultad de Humanidades, cuando soñábamos con un proyecto tal, que en actitud distintiva centrara la tensión fabuladora con el sello de lo vital y lo poético. Inquietud universal, por demás insatisfecha.

A mediados de junio de 1988 se abría un capítulo de mi vida en el Departamento de Asuntos Culturales de esta Casa de Estudios, siendo rector Mons. Luis Manresa Formosa. Infinitas esperanzas. Brazos abiertos hacia esto y hacia lo otro. Favorables augurios. Y así, el 26 de junio de 1989, en el ejercicio de estas mismas ilusiones, nos pusimos el traje más pedante de domingo y asistidos por una lluvia que no nos abandonaba, hicimos una algarada, y cacareamos muchos de los que

hoy estamos aquí, la primera entrega de la revista Abrapalabra.

Evocar aquí esta noche los detalles de cómo fueron las cosas, ese gusto por el sabor de la edición, ya legitimado por varios números, el tono frondoso de sus acentos, la presencia de registros universales, y la magia que sorprende en el acto mismo de decir Abrapalabra, es una gratulatoria que esta noche, pregonó en nombre del actual Consejo Editorial y de todos aquellos, -hay una cola larga- que alentaron desde el inicio esta aventura azarosa. Y como razones obligan a no cansarles iniciemos el *LINAJE Y NACIMIENTO* de la revista:

En uno de estos atardeceres de celajes victoriosos a la vista, que laten y sostienen los horizontes de la Universidad Rafael Landívar, llegaba a mi oficina el amigo Max Araujo, promotor del tamaño generoso de su porte y el ojo agrandado: "ahora que estás en el Departamento, lancémonos a la revista". Y vinieron las sesiones conjuntas que se multiplicaron y contagiaban a otros. Alfonso Enrique Barrientos y Julio Arévalo siempre con nosotros. Marcia Vásquez, Ricardo Lima, Carlos Velásquez; y en aquella estrategia, tantas cosas se entremezclaban, quien se llevaba la palma era el muchachón venezolano Cipriano Fuentes, de rumbosidad cultural extraordinaria, que orientaba su actividad en los asuntos de prensa de su embajada. Eran los días en que andábamos empeñados en hacer arrimadizos los habitantes del Olimpo a las cuentas bancarias. No lográbamos ver claro. Los planes no pintaban apacibles. Esperemos que amanezca.

Y al fin amaneció el milagro. El amigo diplomático, nos invitaba a desayunar para celebrarlo en un café discreto de la calle Montúfar. Y entre mantelillos de cuadritos verdes, y panqueques enmielados, se deslizaron diagramaciones, vociferábamos secciones, nacía, en fin, la revista, con una clara vocación estimulante, según reza en la presentación del primer número. "...SERVIR DE VEHICULO ENTRE LOS AUTORES Y ENCAUZAR LAS PREOCUPACIONES LITERARIAS DE LAS

NUEVAS GENERACIONES, TAN URGIDAS DE PROMOCION Y DIFUSION... EN SUS PAGINAS ENCONTRARAN ECO TODAS LAS TENDENCIAS DE LA LITERATURA, Y PARA ACCEDER A ELLAS, SOLO SE EXIGIRA CALIDAD ESTETICA, FUERZA EXPRESIVA Y ORIGINALIDAD."

Consideraciones por cuyo cumplimiento hemos velado durante los números editados a la fecha. Sin embargo permitidme regresar de nuevo a aquellos primeros días, pues algo de interés se me escapa. Me refiero a los tanteos semánticos en los que el grupo fundador se desvivía, pues sepa Dios, cómo se iba a llamar el reciente alumbramiento.

LA CIENCIA DE LOS NOMBRES:

Ocurre que no es un trabajo ligero, recordábamos que había dicho Sócrates. Y de tanto estar hurgando en la inspiración y de hacer pasarela con el léxico, desde la primera aparición del sonido Abrapalabra, quedamos todos satisfechos. Nos pareció un acierto rotundo, es más, queríamos creer, que sería el mejor inicio y que con sólo evocar su sonido mágico, no tendrían excusa los duendes literarios. Por otra parte, el hecho de que un escritor connotado lo hubiera adoptado ya en una de sus obras, no nos ponía en desventaja, pues Sócrates salía al paso: "La propiedad del nombre consiste en expresar la cosa tal como es". Y lo nuestro era eso: dar rienda suelta a la molienda literaria.

FISONOMIA:

La revista Abrapalabra se imprime en un desplegado de 45 X 42 cms. Cuidadoso formato a dos tintas en papel couché de 100 gramos. Una faceta que interesó desde el inicio y que al actual Consejo Editorial le preocupa de igual forma, es la incorporación en sus páginas de otra

importante actividad creadora, como es la plástica. De esta forma, la obra de los pintores y fotógrafos contemporáneos inauguran cada portada, e ilustran el interior de los trabajos.

Y para terminar queridos amigos, habría que citar dos referencias a la luz de los hechos actuales: La primera atañe al optimismo que es de esperar con la nueva gestión rectoral del Licenciado Gabriel Medrano Valenzuela, en cuanto al crecimiento de la colección Abrapalabra, engrandeciendo así, los círculos literarios no sólo de Guatemala, ya que su distribución traspasa las fronteras del país hacia España y Latinoamérica.

La segunda, afecta a la ocasión solemne de premiación que celebramos aquí esta noche y que ha estado latente durante estos meses de convocatoria: encauzar las preocupaciones literarias de las nuevas generaciones, estimular su trabajo, verificando a la vez los propios merecimientos. ¿Y si el premio no fuera merecido? El merecimiento no se impone de modo absoluto. Siempre hay otros legítimos candidatos, y en eso coincidimos con Roa Bastos.

Sin embargo, dentro de unos momentos el Sr. Rector leerá las actas. Lo esperado, e inesperado se hará visible y reconocible en la presencia dos jóvenes guatemaltecos, cuya vocación literaria recibirá el espaldarazo del primer galardón que otorga Abrapalabra.

En nombre del Consejo Consultivo y del Consejo Editorial, cuyos miembros me acompañan en esta mesa de honor, les tiendo a ustedes la mano calurosa y llena de felicitaciones, y a todos les agradecemos su presencia aquí esta noche.

L
A
P
I
D
A
R
I
A

Poesía

Johanna Godoy

JOHANNA GODOY

Nací el 11 de junio de 1968 en la Ciudad de Guatemala. Actualmente estudio la carrera de Letras en la Universidad de San carlos de Guatemala.

En lo personal, pienso que la poesía es una búsqueda del propio ser, de la verdad y de la autenticidad. En este caso, los poemas presentados evocan las experiencias de una mujer -que intenta ser todas las mujeres-, su relación con el amor y la preocupación por el futuro de la humanidad.

Haber ganado el concurso me permite compartir con ustedes estos poemas y satisfacer así, la necesidad de comunicación que todo escritor experimenta.

*"Salgo como de bajo
un derrumbe
arrastrándome
sorda al dolor
desbecha la piel
y sin ayuda."*

Idea Vilariño

I ELLA

**La mujer
atrapada
 en el espejo
hurga en la sombra
buscando
la punta
del destino perdido**

**Soy lapidaria
(ante todo)
con pecados,
dudas
y contradicciones
quiero tirar
la primera piedra**

**La vida se revuelve
furiosa
me muerde
loca
arrastra mis destrozos
en torbellino
expansivo vertiginoso
Me arranca
labio piel vientre
Cuando abre
su enorme ojo
quiere convencerme
de la felicidad**

**A la vuelta de la esquina
esperan hombres
me asaltan sus miradas
Buscan
desesperados
instintivamente
todos mis años
y experiencias
no vividos**

**Esculpen
con fuerza
mis aristas
debo caber
en el molde
Duele el cuerpo
de tanto forzarlo
No subiré
al pedestal
Ya basta
de idolatrías
y esclavitudes**

**Nazco
en cenizas
de sueños masacrados
En hoguera fría
templan mis huesos
Soy
la vida
vuelta del dolor
conocimiento
regateado
a la rutina
Venganza
del desamor**

**Flor que desangras
mis ojos
clavas
tu raíz
en mi corazón
Tus frutos
se sonrojan
en mis manos
te alimentas
en mi mente
Flor ideal
usas mi cuerpo
y das de comer
a esos pobres
que sólo ven
a una mujer
en mí**

II ELLOS

AMOR
una nueva certeza
nos unirá
la de los cuerpos
en la danza ancestral

I

**Según tú
no te conozco**

**Mientes
porque te conozco
/y comprendo/
estás aquí**

**Naces de nuevo
entre mis piernas
Vienes a buscarte
a escarbarte
real
verdadero
entre ellas
Te elevas
sobre la pequeñez
de tu diaria miseria
para hacerte
inmortal**

II

**Mágico
lúdico
veloz**

viniste a mí

**Profunda
misteriosa
tierna**

te protegí

**Y en la selva
de expectativas
e incertidumbres
te perdí.**

III

**Tu represión amorosa
cierra uno a uno
mis espacios
El desgaste emocional
se apoya
en tu estrategia sexual
intelectualmente
elegida
para cercarme**

**Cuidado toturador
hoy mi pueblo vital
te hará caer
en una emboscada
y mi libertad
te liberará**

III EL FINAL

**Saldré a la calle
y me arrancaré el corazón
saldré
sacrificaré tu sol**

**Saldré a reconocer caras
a visitar tumbas
a horrorizarme de la marea
que grita y se desgarrá**

**Me descubriré los brazos
que el viento nunca tocó
el cielo renovará su canto
de sudor llanto y traición**

**Quebraré el maquillaje
llamaré a la oscuridad
¡que caiga sobre nosotros!
porque murió el sol**

Futuro

**bomba nuclear
que estalla
en la esquina**

**Deuda genetizada
en mi trascendencia**

**Veneno monótono
de los sueños**

**Pregunta temerosa
formulada**

**en un susurro
al oído
de un universo
irremediabilmente
callado**

Narrativa

*C
O
N
T
R
A
C
C
I
Ó
N*

Francisco Gámez

FRANCISCO GÁMEZ

12 de marzo de 1990. Esperando la luz verde en un semáforo se me ocurrió la primera idea de CONTRACCIÓN (no te sorprendas que recuerde la fecha; tengo la costumbre de anotarlo todo). Por medio de la incubación de ideas la inspiración inicial creció escondida y regresó el 30 de octubre de 1991 (¡1 1/2 años después!) acompañada de más ideas. Tuve el último chispazo el 14 y 15 de abril de 1992, días en los que escribí la historia.

No sé, realmente, qué debes esperar de CONTRACCIÓN ya que creo que a cada uno le dirá algo distinto. Como sea, espero que te guste. Aunque me temo que lo más terrible de esta historia es que al final descubras que el señor Larren, en cierta medida, eres tú mismo.

Pocos minutos después que el señor Larren resucitó supo que su vida iba a ser diferente.

Cuando abrió los ojos descubrió que estaba en su apartamento, acostado boca arriba sobre la alfombra de la sala con dos paramédicos a su lado; tenía tubos y alambres colocados por todo el cuerpo y una desagradable sensación de náusea.

-Hemos llegado a tiempo -dijo uno de los enfermeros, quitándose los lentes con una mano y secándose el sudor de la frente con el dorso de la otra.

-Así veo... -respondió cansado, levantando con dificultad la cabeza para ver el resto de su cuerpo. Vio sus brazos extendidos a lo largo y las puntas de los pies dirigidas hacia el techo-. ¿A tiempo para qué?

-Estuvo <<ausente>> dos o tres minutos... -El hombre jugó con los lentes en su mano y sonrió, nervioso-. Por favor, no se mueva. Es importante que permanezca inmóvil.

-¿Muerto clínicamente? -preguntó, con los ojos cerrados. No sentía nada. No le dolía el pecho. Tampoco recordaba nada.

-Sí, pero ya pasó todo... Tiene su vida de vuelta. Créame, no muchos tienen tanta suerte. La ambulancia estará aquí en un momento.

-¿Ambulancia? -presentía que había algo adicional que no estaba bien-. ¿Fue un ataque cardíaco? -preguntó apremiante. Siempre había creído que moriría por culpa de su corazón, tenso y cansado.

-No se trata de eso, no. Procure estar en silencio, por favor.

-¿Algo está mal? -insistió.

El hombre se acercó un poco para tranquilizarlo. El señor Larren lo vio a los ojos, tratando de descubrir qué era lo que le ocultaban; a veces ver a la otra persona fijamente le creaba suficiente incomodidad como para que dijera lo que necesitaba saber. Sintió la respiración del hombre sobre su cara, pero no

contestó a su pregunta.

-Vamos... -le pidió suplicante-. ¿Qué es?

El hombre parpadeó y se colocó los lentes. El reflejo en ellos llamó de inmediato la atención del señor Larren. En los cristales pudo ver parte de la habitación y su cuerpo tendido boca arriba, con su cara distorsionada hacia las orillas del vidrio.

-Escuche... -empezó a decir desde el suelo. Su voz, repentinamente asustada, se cortó y dejó la frase inconclusa.

El reflejo que veía de su cara no estaba bien. Parecía una máscara mofándose de él, la máscara de un monstruo deforme y cínico. Recordó cómo era el reflejo de su rostro cuando se acercaba demasiado a las jarras de plata que tenía su hermana en el corredor de su casa, la cómica imagen distorsionada, con los ojos saltando fuera y la boca apretada hacia abajo, sin labios. Pero lo que ahora veía en los lentes del paramédico era otra cosa, un reflejo proveniente de otro tipo de rostro. El suyo no era así. Algo estaba mal.

De pronto le pareció sentir que la piel de su frente estaba tirante y que había un bulto debajo de su nariz. Intentó subir sus manos a la cara pero el enfermero se lo impidió.

Cerró los ojos, dándose por vencido. Le daba la impresión que en ese pequeño viaje de dos o tres minutos que había hecho al Otro Mundo, algo había traído consigo de allí. Algo poco agradable.

Y seguramente su vida iba a ser diferente ahora.

El señor Larren regresó a su apartamento tres días después. El diagnóstico era claro e, incluso, un tanto alentador. Había sufrido un pequeñísimo derrame, casi insignificante, y como consecuencia, la contracción de alguno de sus músculos faciales. El médico le dijo que no debía asustarse por ello, ya que no le duraría demasiado. Sólo debía llevar una vida más cuidadosa,

libre de tensiones exageradas y confiar en la terapia que él mismo debía autoadministrarse.

Dejó el saco junto a la mesita de la sala, entró al cuarto de baño y se colocó ante el espejo. Encendió la luz y observó su rostro.

Contracción muscular involuntaria, derrame, espasmo, tensión nerviosa... No importaba cómo quisieran llamarlo; para él era parálisis. Acercó la mano derecha a su cara. Con un temblor difícil de controlar, la presionó con cuidado, casi con temor, procurando identificarse con el huésped -el intruso- en su vida, en su rostro. Era difícil de creer lo que dos pequeños desajustes podían hacer en un semblante. La boca, estirada a un lado, parecía como si no supiera si reír o llorar; y sus cejas, elevadas hacia arriba, arrugaban su frente en tres gruesas líneas, creando una expresión como si le acabaran de contar una anécdota sorprendente: Movi6 la cabeza a amabos lados. La nueva -y temporal- forma de su rostro era desconcertante, una combinación de desgracia y desconuelo a la vez, capaz de agitar y estremecer al más temerario de los hombres.

Se irguió ante el espejo y recorrió la vista por su cuerpo, parte por parte, agradeciendo que estuviera bien. Intentó una sonrisa con su boca torcida. Al menos al drama en su faz le contrarrestaba su cuerpo de buena estatura y bien proporcionado, considernado que tenía ya más de cuarenta años de edad.

Pero, su cara...

Afortunadamente no estaba casado; no tendría que sufrir la pena adicional de tener que ocultarle el rostro a su esposa e hijos pequeños, que seguramente no se le acercarían. Podía imaginar a los dos chiquillos escondidos bajo la mesa del comedor, viéndolo de lejos, pensando cosas horrendas de él; los podía visualizar en el colegio, avergonzados por los comentarios de sus amigos; y las pesadillas que tendrían en la noche sin que él pudiera acercarse a consolarlos. Podía verlos en la cama

gritando y pataleando, horrorizados de despertar y encontrarse con él, el causante de la pesadilla. No, era mejor no tener hijos. Era mejor no estar casado. Al menos ahora.

El estado de miseria de su cara, pensó, era semejante a su vida vacía, sin demasiados éxitos, tal vez desperdiciada. Nada tenía significado. Todo su esfuerzo y dedicación, sus tensiones y presiones, ¿para qué había sido? Le había dado a la Compañía todo lo que era y tenía... a cambio de una parálisis facial. Tal era su paga. Un derrame y el rostro paralizado. Tenía una vida semejante a la de un monstruo, como Frankenstein.

Ahora también tenía su cara.

Se apartó un paso del espejo y lloriqueó como un niño pequeño. Apoyado sobre el lavamanos, consideró las inútiles perspectivas que tenía por delante. Le hubiera gustado dejar la Compañía y dedicarse a otra cosa, empezar de nuevo, darse una nueva oportunidad, pero no tenía con qué empezar algo propio y el banco no le otorgaría un préstamo. Lo único que podía hacer era continuar trabajando como hasta ahora, igual. Día a día, en una interminable rutina. Mientras antes los aceptara, mejor sería. No podía cambiar su vida y darle un nuevo giro. No tenía control sobre su futuro. Estaba cercado.

Levantó la cabeza y su rostro volvió a aparecer en el espejo, como una burla.

<<Le presento al señor Larren>>, pensó, deprimido. <<Por favor, no se asuste de verlo así; afortunadamente, en dos o tres semanas volverá a la normalidad. Tuvo la dicha de no morir definitivamente y sólo resultar lesionado temporalmente de su cara. Mientras tanto, es el monstruo más espantoso de toda la ciudad>>.

-¡Dios! -musitó-, todos me van a odiar...

* * *

A las cinco de la tarde sonó el timbre del apartamento. Se acercó al intercomunicador, cerró los ojos y respiró despacio. Lo último que necesitaba eran visitas. Hizo un gesto con la cabeza y extendió la mano al aparato.

-¿Quién es? -preguntó. Su voz era casi inaudible.

-¡Somos nosot...!

-Adelante -dijo, interrumpiendo aquella voz estridente, imposible de no reconocer. Suspirando, apretó el botón que abría la puerta de la calle.

El chico y las dos secretarias subieron las gradas y se acercaron al apartamento, situado junto a las escaleras. Encontraron la puerta abierta y al señor Larren adentro, esperándolos con las luces apagadas y las cortinas corridas casi al tope. En la penumbra, le tendieron la mano, sin sonreír. Sin embargo, el escaso reflejo de luz que entraba por la ventana más cercana iluminaba lo suficiente su rostro como para que pudieran observar con suficiente detalle cómo le había quedado.

-No se asusten... -les pidió-. El médico dice que pasará pronto. Un espasmo, una simple contracción... -su voz era casi una disculpa.

Pero sus compañeros de la oficina estaban tan paralizados como su cara de monstruo. Los tres rostros, en fila, eran una copia el uno del otro, situados frente al suyo, la careta artificial de un hombre.

-Creo... -explicó el señor Larren, pasándose la mano por la cara- creo que no estoy muy presentable; es la verdad.

Ellos comprendieron sus palabras. Estaban acostumbrados a su cara masculina, seria, con facciones bien maracadas. Pero ahora, aunque no era tan abominable su aspecto, era como ver a otra persona, por primera vez. Una persona anormal, que lógicamente debía causar conmoción.

<<Están viendo un monstruo>>, pensó afligido, sabiendo lo que ellos estaban viendo en él.

-Nada presentable... -agregó, con un dejo de tristeza en su voz.

Ellos respondieron de inmediato que se equivocaba, que no estaba tan mal como creía, que estar con vida valía más que todo. Le dijeron muchas cosas pero no cambiaron sus expresiones ni una sola vez, sólo hasta que diez minutos después, uno de ellos dijo que debían irse. Durante aquel tiempo el señor Larren había procurado hacer la conversación interesante, tratando de decir algo sobre la muerte y la resurrección, alguna información acerca de la otra vida y el dolor de un derrame, pero no recordaba nada. Por eso casi no había podido verse bien, parálisis, espasmos, contracciones y tensión nerviosa. Ellos sólo asintieron con la cabeza, como muñecos sin vida.

Se despidieron sin verlo a los ojos. El les agradeció la visita y les abrió la puerta. Los acompañó al pie de las gradas y movió sin entusiasmo la mano al aire a sus espaldas, mientras los veía bajar en fila uno tras otro, apoyándose sobre el pasamanos. De pronto, entre los pasos que retumbaban entre las gradas de madera escuchó varias palabras sueltas: <<...horrible...>>, <<...atrevía a verlo...>>, <<...antes no era...>>.

Incrédulo, se agachó hacia el frente, tratando de descubrir que era lo que realmente pensaban de él.

-¡El muerto, el muerto! -gritó de pronto una vocecita a su lado, sobresaltándolo.

Cuando se hizo a un lado y vio al niño pequeño correr espantado escaleras arriba, estiró su brazo al frente, pero no pudo decir ni una sola palabra. Los gritos insolentes del niño se perdieron entre las gradas y los pasillos solitarios, siendo interrumpidos súbitamente por un portazo en alguno de los apartamentos allá arriba. El señor Larren se dio la vuelta de prisa, regresó a su hogar solitario y cerró la puerta de golpe mientras se tapaba con las manos su boca semiabierta.

* * *

Poco antes de las siete de la noche el timbre de la calle sonó con fuerza en la cocina. El señor Larren se acercó al aparato y se quedó quieto a su lado, con los ojos cerrados, tratando de imaginar quiénes podía ser esta vez. Si eran más visitas tendría el insoluble problema de qué decirles durante diez minutos, cómo recibirlas, cómo atenderlas, ¡cómo ingeniárselas para que no vieran su rostro contraído! No quería que le dijeran que se veía bien y luego que ya debían irse, sólo para alejarse hablando entre ellos de la terrible impresión que le había causado.

El timbre volvió a sonar.

El señor Larren apretó sus mandíbulas y presionó el botón, inclinándose hacia el frente, esperando que hubieran llamado al apartamento equivocado.

-¿Quién es?

-Señor Larren, soy su médico, el doc...

-Adelante, por favor -dijo, sin darse cuenta que no lo había dejado terminar de presentarse. Pulsó el botón que abría el portón del edificio y se dirigió a abrir la puerta del apartamento.

Mientras el doctor subía los escalones, se tapó la boca torcida y forzó sus cejas hacia abajo, para dar un aspecto más humano. Escuchó la respiración angustiada del médico y sus pasos al subir los escalones de uno en uno. Era un hombre bastante corpulento, de unos cincuenta años de edad; subir las gradas era seguramente una verdadera tortura para él. Afortunadamente, era sólo un piso.

El señor Larren se sintió mejor al ver que no había nadie en el corredor. Bajó la mano de su cara contrída y corrió los ojos hasta el fondo, a lo largo de la alfombra color corinto que pasaba frente a cada puerta. Era un descanso sentirse solo, a pesar de vivir entre tanta gente. El edificio tenía cuatro niveles, con diez apartamentos en cada nivel. Aún así casi no se miraba con los demás vecinos, lo cual era siempre conveniente,

especialmente en medio de aquellas circunstancias.

Hizo un esfuerzo por respirar despacio y profundo, según le habían explicado en las técnicas de relajación; debía hacerlo cuantas veces pudiera durante el día. <<Como en el mundo de los negocios>>, le dijeron, <<más es mejor>>. Con los pulmones llenos de aire, dirigió su vista a la escalera. La luz amarillenta de los candelabros alumbró al médico, que finalmente llegaba arriba, con su pelo canoso y su rostro amable. Dio, cansado, el último paso y movió silenciosamente un brazo en señal de saludo. El señor Larren le sonrió y, echándose a un lado, lo dejó pasar dentro.

Hablaron acerca de su situación y la terapia. El médico respondió todas sus dudas e inquietudes y le preguntó:

-¿No hay nada más que desee saber? Me parece que lo más difícil en una situación como la suya es el aspecto psicológico...

El señor Larren se pasó la mano por el rostro y le dijo:

-No se equivoca. Pronto pasará la parálisis de la cara, pero...

-Espasmo -lo interrumpió-. Son dos cosas diferentes.

Espasmo... -repitió, haciendo un gesto de indiferencia al aire-. Entiendo que tengo suerte. Morí y reviví. Eso es ser afortunado; no todos pueden resucitar todos los días. Pero sólo soy un simple mortal revivido, un cuerpo que murió y volvió a vivir, trayendo consigo la curiosa cualidad de poder asustar a las personas.

-Usted no siente nada especial después de una experiencia tan inusual -dijo el médico, seguro de qué era lo que el señor Larren trataba de expresar.

-Así es. No recuerdo nada; no vi túneles, ni luces, ni escuché música extraña. Fue un momento de sueño. Nada más. Si no me hubieran dicho que había muerto, jamás me hubiera enterado.

-Comprendo. Y, sí, así es. No se defraude por no haber visto cosas; no siempre todos las ven... Pero, piense en el derrame por un momento: fue repentino, no hubo dolor y su corazón continúa bien. Su estilo de vida casi no debe cambiar. Eso es ser más que afortunado, señor Larren. Recuerde eso siempre. Ni siquiera está en peligro...

-La gente me rechaza -interrumpió-. ¿Qué tan bueno puede ser eso?

-Comprendo su frustración y lo lamento. La verdad es que se puede esperar cualquier cosa de un derrame, incluso la muerte. Puede ser que a otra persona no le afecte en nada... Los efectos de un derrame, por muy pequeño que sea, pueden ser impredecibles.

-Los efectos pueden ser impredecibles -repitió como autómatas, comprendiendo bien el significado que tenían aquellas palabras.

-Señor Larren -el médico se puso de pie y se acercó a él- no tema. Usted no es una visión desagradable. Hay gente mediocre, pero a ellos no debe escucharlos ni prestarles la más mínima atención. Además -le revisó el ojo derecho con una pequeña linterna que extrajo de la bolsa de la camisa-, lo suyo se resolverá.

-Se resolverá -balbuceó, con sus ojos fijos en los puntos móviles que flotaban y bailaban ante sus ojos invadidos por la luz intensa.

-Usted está bien. -El médico dio un paso atrás-. Lo veré en mi clínica en una semana. Continúe el tratamiento tal y como se lo había indicado en el hospital. ¿De acuerdo?

-Bien. -Se acercó a la puerta y la abrió por completo-. Gracias por haber venido y escucharme, doctor.

Caminó con él cuatro pasos, hasta donde empezaban las gradas, y se estrecharon la mano. Cuando el médico se dio la vuelta para retirarse, se encontró de frente con una mujer corpulenta de rostro redondo que acababa de terminar de subir

el último escalón, cabizbaja. La colisión los hizo regresar a ambos medio paso atrás. Ella, asustada, gritó al sentir su cuerpo voluminoso inclinarse inevitablemente escaleras abajo. Extendió un brazo hacia la barandilla de madera para agarrarse de allí, pasando a una pulgada de distancia, sin poder atraparla.

El señor Larren vio el vestido de flores rojas de la mujer inflarse como un paracaídas y sus brazos girar inútilmente como aspas de helicóptero. Cayó dando tumbos por la escalera, gritando de un modo espantoso. Un instante después el médico bajaba a atenderla.

-Dios... -musitó al verla tendida en diagonal cuatro guardas abajo, con la cabeza inclinada hacia atrás y una mano sobre la frente. Uno de los zapatos de tacones había caído rebotando hasta el primer nivel y el bolso se había enrollado en la barandilla. Bajó de prisa y se colocó a su lado.

-¡Mi brazo, mi brazo! -empezó a gritar de pronto, con tal fuerza e insistencia, que varios de los vecinos empezaron a aparecer tras sus puertas y acercarse a la escena. El señor Larren, nervioso, al voltear a ver se encontró con media docena de rostros afligidos.

El médico, mientras tanto, sostenía la cabeza de la mujer en alto y procuraba calmarla.

-¿Qué más tiene? -le preguntó el señor Larren, preocupado, mientras observaba el cuerpo obeso de la mujer, los brazos inflados por la gordura y el pie descalzo, con la media color blanco cortada y un hilillo insignificante de sangre corriéndose a lo largo.

-Me parece que sólo es el brazo, vea -lo señaló con un movimiento de cabeza-. Creo que está roto, pero sólo una radiografía podrá decirlo. No se ve ninguna punta de hueso contra la piel.

Instintivamente, el señor Larren acercó su mano al brazo, grueso y pálido, y lo palpó con suavidad. Puedo sentir un

pequeño bulto allí, pero no supo qué era, si el hueso roto, un problema en la piel o grasa acumulada. La mujer, volteada hacia el médico, gritó al sentir el contacto y encogió el brazo sobre su pecho.

-¡Animal! ¿Qué está haciendo? -aulló, torciendo la cara hacia él-. ¡Me está quemando!

Los vecinos se acercaron un paso, tensos, temiendo que le estuviera haciendo daño, pero no intervinieron. No sabían si el hombre era peligroso o no. El médico, extrañado, se le quedó viendo al señor Larren. Ella, de pronto, se fijó en su cara. Al darse cuenta de sus facciones torcidas, comprendió quién era y empezó a gemir, asustada, encogiéndose hacia el médico, buscando protección.

El señor Larren forzó su boca hacia abajo y contrajo las cejas. De pronto, él era el centro de atención nuevamente.

Sus dedos se cerraron, involuntarios, sobre el brazo de la mujer. Ella gritó con más fuerza que antes, cerrando los ojos hasta que no quedó más que una delgada línea en su lugar. Instintivamente, estiró el brazo, reaccionando al dolor, y le golpeó en la cara con fuerza. El señor Larren se quejó al recibir el golpe y se llevó las manos a la boca; la parálisis había incrementado el dolor del golpe diez o veinte veces más que lo normal.

-¡Ayúdenme, este hombre me está haciendo daño! -gritó la mujer a los vecinos reunidos alrededor de la escalera mientras encogía el brazo sobre su pecho-. ¡Tengo mi brazo roto!

-Señora -interrumpió el médico-. Si usted tuviera el brazo roto, no hubiera podido golpear al señor Larren.

Las palabras del médico hicieron al señor Larren que olvidara el dolor del golpe. Se puso de pie y subió dos escalones, quedándose recostado contra la pared. Atónito, fijó sus ojos en el brazo de la mujer, a quien el médico ayudaba a levantarse. Ella se tocó con cuidado su brazo herido una y otra vez, se pasó la lengua por los labios, que más semejaban un neumático de

bicicleta doblado por la mitad y pintado de rojo e, inclinándose a un lado, tomó su cartera.

-El muerto... -dijo alguien en voz baja, asomado por la barandilla. ¡Es el muerto!

-Todos tienen razón acerca suyo -le gritó la mujer señalándolo con el índice del brazo golpeado y la bolsa colgando del antebrazo, meciéndose como un columpio.

-El muerto... susurró otra más.

El médico se hizo a un lado y se acercó a él, que ocultaba su rostro con ambas manos, inseguro de qué era lo que había hecho, sin poder digerir cuanto estaba sucediéndole: los insultos, el desprecio, el rostro contraído, la curación repentina de la mujer...

-No les haga caso. ¡No los escuche! -se apresuró a decirle. Son gente vulgar. Ellos no saben más que lo que es vulgar. No permita que ele afecte. No lo permita... Usted es dueño de su vida, sus propios sentimientos y pensamientos... Pero la sanación...

El señor Larren subió de prisa los demás escalones hasta arriba sin escuchar las palabras del doctor. Los vecinos, al verlo acercarse a ellos, se hicieron a un lado para no tocarlo cuando él pasara. Trataron de ver su boca torcida y la espantosa expresión de sorpresa interminable en sus ojos. Cuando cerró la puerta tras de sí, todos movieron la cabeza en signo de desaprobación.

El sol apareció tras su ventana, alumbrando la habitación y llenándola de color y vida. La luz del nuevo día proyectó las persianas semiabiertas contra la pared celeste del fondo, donde tenía colgado un cuadro de la selva.

Vio el reloj y se lanzó sobre el teléfono. Discó de prisa y esperó impaciente. Cuando le contestaron se apresuró a decir:

-Con Margaret, por favor. Aquí habla... -dudó en dar su nombre- hablo de la oficina de compras de Tornillos y Aceros.

Mientras esperaba escuchó un fragmento de CLOSE TO YOU, de los Carpenters. Inquieto, se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás, como siempre lo llevaba.

-¡Margaret, soy yo! -dijo, emocionado al escuchar la voz de su compañera de trabajo. Era una suerte que la pronunciación casi no se veía afectada por la parálisis en su boca.

- ...

-Sí, lamento que no hayas venido a verme. Pero, está bien, está bien... Te llamé porque me siento solo. Tengo mucho que contarte...

- ...

-¿Ellos te contaron ya? -los tres visitantes del día anterior ya habían explicado todo en la oficina-. La gente se refiere a mí como <<el muerto>>; es horrible... No tienen sentimientos...

- ...

-No, voy a salir. Quiero mudarme a otro sitio. No soporto más... Primero un niño, luego una mujer que cayó accidentalmente por las gradas, luego los demás vecinos... En fin, te contaré el viernes en la oficina. Regresa a la reunión; perdona la interrupción. Adiós.

Encontró en el periódico una larga lista de apartamentos cercanos al área donde estaba localizado el edificio de la Compañía. Llamó a tres de ellos y pidió cita para ir a verlos. Aquella misma tarde se mudó. No tuvo problema de su ida sin previo aviso ya que, como suponía, todos los inquilinos se habían quejado ya.

El nuevo apartamento no era igual al anterior. Su ubicación realmente no era buena y muchos de los vecinos se veían aún más vulgares que los anteriores. Descubrió que había varios alcohólicos, vagos y pobres que, por razones legales, no podían ser echados fuera.

Como fueran las cosas, ya estaba allí y no podía volver. Entró por la puerta del avejentado edificio y subió por las gradas a su nuevo apartamento. Nadie notó su presencia; llevaba puestos un par de anteojos oscuros y caminaba con la cara inclinada sobre su pecho.

Abrió los ojos, asustado. Había habido un grito. Estaba seguro; podía oír el eco reflejarse en algún lugar de la calle solitaria. Vio su reloj mientras la luz neón junto a su ventana alumbraba intermitentemente el techo grisáceo de su nuevo apartamento. Era la media noche.

De pronto hubo un segundo grito y unas voces confusas a la par.

Se sentó en la cama y se frotó los ojos con los puños. Algo estaba pasando allá afuera. Se levantó de prisa y acercó su rostro torcido al vidrio de la ventana. La calle estaba desierta y la escasa luz de los faroles apenas si le permitían ver. Sin embargo pudo distinguir que en la esquina estaba boca abajo, sobre la acera, el cuerpo de un hombre.

Sin siquiera ponerse una bata encima, bajó corriendo por las gradas al primer nivel y abrió la puerta de los apartamentos. El aire frío de la noche le recibió de frente, fuerte, haciéndole estremecerse. Se asomó a la calle y vio al hombre acostado a diez o doce pasos de distancia.

-¡Oh, Dios! ¿A dónde he venido a vivir? -exclamó, en voz baja para sí mientras caminaba de prisa en dirección al herido. Y éste es sólo mi primer día...

A medida que se acercaba descubrió que el hombre estaba rodeado de sangre y vestido con un traje oscuro, completamente empapado y teñido en rojo.

Se colocó a su lado y se arrodilló junto a su cara. Era difícil calcular su estatura y complexión estando en aquella posición y con tan poca luz a su alrededor.

Se inclinó y le habló al oído, inseguro si aún estaba con vida:

-¿Está usted bien? ¿Qué le ha sucedido?

-Dos hombr... -dijo, con voz débil-. Asalto. Caras cubier...

-No hable, no haga ningún esfuerzo. -El señor Larren miró a ambos lados, sin saber exactamente qué hacer. No sabía si los criminales estaban escondidos allí cerca; las paredes grises y las sombras en la calle parecían guaridas de ladrones y asesinos.

-Mi espalda... Cuchillo... -se quejó, moviendo su brazo a un lado. Expulsó el aire y se contorsionó del dolor.

El señor Larren buscó la herida a la escasa luz del farol, descubriendo una cortadura en el traje del hombre, justo a la mitad de la espalda, completamente empapada en sangre. Al acercar su mano sintió el calor que emanaba de la piel y los músculos mutilados. Exclamó en voz baja, inseguro de qué era lo mejor que podía hacer. La herida estaba junto a la columna vertebral y podía ser fatal.

Se pasó una mano por su rostro distorsionado y pensó de prisa que lo primero era apretar sus dedos contra la herida abierta para evitar que la sangre continuara fluyendo. Apartó la tela del saco y la camisa y presionó con suavidad junto al área donde le había sido dada la puñalada, justo a un lado de la espina dorsal. El hombre, al sentir el contacto, gimió del dolor y se movió en la acera como si fuera una serpiente.

-¡Deténgase! -gritó, presa de un dolor repentino, más grande e intolerable que la misma cuchillada-. ¡Me quema, me hace daño!

El señor Larren, se apartó asustado, y le dijo:

-Por favor, no se mueva. ¡Su herida es muy grave! Su columna puede estar mal... -pasó su mano nuevamente sobre la herida, pero no logró encontrarla.

Angustiado, se separó un poco para que la luz cayera sobre la espalda del hombre, quien, entre quejidos, se puso de rodillas, y luego, de pie.

Desde el suelo, el señor Larren lo vio, asustado, recordando repentinamente cómo solían asaltar los criminales: Uno de ellos se hacía el herido y, mientras alguien llegaba a socorrerlo, los demás le caían encima para robarle.

Volteó a ver a ambos lados, nervioso, pero no vio a nadie. Sólo la quietud de la noche y las sombras en las esquinas, en las paredes decrepitas del edificio y los botes de basura, a la mitad de la acera.

El desconocido se movió unos pasos alrededor y lo vio a la cara. Movié su cabeza a cada lado, tratando de corroborar la impresión que le había dado el rostro de su salvador.

-¡Usted es uno de ellos! -gritó, de repente-. ¡Ahora comprendo!

El señor Larren se cubrió con vergüenza la boca torcida y sus cejas levantadas, mientras el hombre continuaba gritando, creyendo que llevaba la cara cubierta por una máscara.

-¡Miserable! -grito e, inclinándose de frente, empezó a darle de puntapiés en todo el cuerpo.

El señor Larren, en el suelo, gimió y estiró un brazo, procurando explicarle, pero el hombre continuó golpeándolo hasta que, seguro que podría escapar, lo dejó y se alejó corriendo. Poco después un automóvil ponía su motor en marcha, alejándose de prisa por la calle sucia y semioscura.

Lloriqueando en la acera, el señor Larren trató de convencerse que el hombre quería robarle y algo lo había asustado, haciéndolo huír. Pero no podía engañarse. El hombre había visto su rostro. Por eso había reaccionado así. Se había asustado. Había creído que iba a hacerle daño. Un rostro como el suyo sólo podía pertenecer a alguien que deseaba causar daño y desgracia.

Se levantó despacio, con una mano apretada a su costado.

Su vida se estaba hundiendo, volviéndose demasiado revuelta, demasiado confusa e imposible de soportar.

Sin embargo, empezaba a darse cuenta de algo.

Caminó hacia la puerta de entrada de los apartamentos.

En ese pequeño viaje al Más Allá había traído algo consigo.

Entró y subió por los escalones hasta el tercer nivel, uno por uno, despacio, jadeando.

Había traído consigo algo nuevo, que llevaba dentro suyo, latiendo silenciosamente, creciendo y desarrollándose; algo inexplicable y maravilloso. Algo a lo que debía prestarle atención. Si no era así, ¿cuál era entonces el objeto de morir y revivir? No podía ser sólo para volver con cara de monstruo, para ser insultado, golpeado y odiado. Intuía que no. Debía haber algo más. Y parecía ser que ya lo había encontrado.

Se presentó a la oficina el viernes por la mañana, a la hora acostumbrada. Se encontró en los corredores con varios de sus compañeros, quienes le saludaron con amabilidad, pero sin dejar de caminar. Trató de hablar con algunos, pero sólo consiguió comentarios superficiales, sin ningún valor verdadero. Sin duda les era difícil manejar una conversación sin tener que mencionar su rostro paralizado y los golpes y moretes, que le daban el aspecto de un pandillero.

Le dio los buenos días a su secretaria, quien le devolvió el saludo silenciosamente y siguió trabajando. El le preguntó por Margaret y ella le indicó que se encontraba en una reunión con la Gerencia General y los gerentes de los demás departamentos.

Se retiró a su escritorio y trató de prestar atención a su trabajo. Debía tomar la cosas sin mucha tensión, aunque los treinta o cuarenta papeles sobre su bandeja prometían arruinarle el día. Extendió su mano y los colocó a su lado. Los revisaría uno por uno, sin pensar que había otro por ver después. Eso. Uno a la

vez.-

Su secretaria llegó con un bulto de informes, los dejó sobre la bandeja y se retiró de prisa, sin verlo a la cara.

-Sarah -le dijo-.

Ella se detuvo y se dio la vuelta.

-¿Cómo sigue tu hijo?

-Mal, señor Larren. Usted ya sabe; es incurable... -su voz era dura e insensible-.

El señor Larren giró la cabeza y vio su pequeña oficina, consistente de un escritorio metálico y dos silloncitos enfrente, sumergido todo ello en medio de cuatro paredes de yeso con un cuadro de la selva colgado en cada una.

-Creo que yo podría curarlo, ¿sabes? -el tono de su voz le hacía parecer como si todo estuviera bien, bajo control.

-No sé... Ahora que ya sabemos... qué... es...

-No te interrumpas -le pidió el señor Larren, repentinamente nervioso.

-Perdone, no debo... -Sarah dio un paso hacia la puerta.

-Y, ¿qué soy? -preguntó, estirando su brazo al frente, como si fuera un pordiosero en la calle-. ¿Qué es lo que yo soy?

Sarah no contestó; se llevó las manos a la boca y cerró los ojos.

¿Qué soy, Sarah? ¿Un... monstruo? ¿Eso?

-No... -dijo, sollozando.

-¿Entonces...? ¿«El muerto»? -se animó a preguntar.

Sarah gimió y dio un paso más hacia atrás.

-Es eso: «el muerto» -dijo, terminante-. ¿Es lo que te han dicho los demás?

Sarah movió la cabeza, como una niña arrepentida confesando una travesura.

-¿Es eso lo único que puedes ver en mí? -sacudió la cabeza a los lados, molesto, y luego le preguntó: ¿Qué dices si voy a preguntarle a Johnny si me permite ponerle mi mano en su

estómago? Podría curarle la úlcera.

-Dirá que no -se adelantó a decir Sarah, exaltada-. Nadie aquí diría que sí. Lo siento...

-Sarah, no comprendo. ¿Todo este miedo absurdo es porque morí y reviví? ¡Mucha gente ha tenido la misma experiencia! Y no tiene nada de maligno, mágico u horrendo; es como un sueño: se muere, se revive. Y mi cara torcida, soy como muchos otros. Además, dentro de poco estaré bien... ¿Acaso es la combinación de mi muerte y mi nuevo rostro? ¡No entiendo estas malditas reacciones! ¿Acaso hay algo más? ¿Alguien ha estado inventando historias sobre mí...?

Acalorado, se puso de pie y bordeó el escritorio. Cuando pasó frente a Sarah, ella se hizo a un lado y apartó la vista. No estaba segura exactamente cómo, pero el señor Larren se había convertido en algo incomprensible, más allá de lo que podía entender. No se sentía bien de ser así con él, pero no podía evitarlo. Debía establecer un alto, debía levantar un muro, como los demás estaban haciendo, antes que fueran a ser contaminados.

El señor Larren caminó de prisa por el pasillo. Sentía cómo su vida se iba yendo a la basura, poco a poco; muy pronto no quedaría nada. Llegó frente a la sala de reuniones y se detuvo. Tomó aire. Apoyó su mano sobre la puerta y la empujó suavemente. Al asomar la cabeza dentro se dio cuenta de que la reunión iba ya avanzada. Pudo escucharlos que discutían agitados acerca del eterno problema de los costos.

Pronto descubrió que entre las ocho o nueve personas estaba Margaret. Cerró el labio superior, bajó las cejas y, resuelto, entró. Las voces disminuyeron hasta terminar por silenciarse completamente. Todos lo vieron desde sus puestos detrás de la mesa rectangular mientras caminaba de prisa en dirección del Gerente de Manufactura hasta situarse detrás suyo. El hombre, extrañado, se inclinó hacia adelante en su silla y torció su cuerpo para ver el rostro deforme del señor Larren. Nadie preguntó o



dijo nada, sólo observaron, silenciosos, sus movimientos. Saludó a Margaret con un movimiento de cabeza y estiró sus manos hasta tocar el hombro derecho del hombre.

El Gerente de Manufactura gritó y el señor Larren se apresuró a preguntarle:

-¿Caliente? ¿Siente calor en el hombro?

El hombre volvió a gritar sin intentar soltarse por miedo a que fuera a recibir un golpe o que tal vez le hiciera algo peor. Todos se pusieron de pie, tensos, pero sin atreverse a acercarse. Temían que los rumores irracionales que habían estado circulando acerca del señor Larren sobre su cara paralizada y su muerte fueran realmente a afectar a quienes él tocara. Nadie sabía qué era realidad y qué fantasía. Y ninguno estaba dispuesto a averiguarlo. Ellos eran hombres de negocios, no metafísicos o espiritistas. Lo mejor era esperar que terminara lo que estuviera haciendo y que después se fuera.

El Gerente de Manufactura se echó a un lado, con la mirada afectada, mientras el señor Larren se palpaba su cara en un gesto inconsciente por cubrirla de los ojos de los demás. Luego, se retiró.

Salió sin voltear a ver. Probablemente perdería el trabajo por aquella interrupción, pero no podía seguir viviendo una vida que ya no era la suya. Debía encontrar su nueva trayectoria. Al menos el Gerente de Manufactura nunca más tendría que volver a usar la venda y estar con fricciones y masajes constantes en su hombro.

Regresó a sus escritorio, emocionado por haber corroborado lo que había en él, el extraño poder de curar. Sus manos temblaban y sentía deseos de llorar. Quería encontrar un momento de paz y soledad para pensar qué hacer, evaluar de nuevo su vida y tomar un nuevo giro.

Permaneció silencioso en su nueva oficina, arreglando papeles, tratando uno por uno, despacio, sin permitir que la

tensión le fuera a ganar, y no se levantó si no hasta un poco después de la hora de almuerzo, cuando todos se habían ido ya. Comprendía que nadie iba a querer salir a almorzar con él y tener que pasar la vergüenza de estar con alguien con un rostro como el suyo. Tampoco le extrañó demasiado que Margaret no había ido a buscarlo al terminar la reunión.

Empezaba a entender las cosas un poco mejor. Empezaba a comprender cómo eran las personas en verdad, qué es lo que realmente llevaban dentro, qué sentían, cómo juzgaban. Y se horrorizó de pensar que él tal vez había sido una vez muy parecido a ellos...

Esperó aún quince minutos más, se levantó y salió del edificio.

Se acercó cabizbajo al puesto de HOT DOGS frente al parque y compró su almuerzo. El chico le atendió con amabilidad y le deseó una feliz tarde.

Sorprendido por el resultado de aquel encuentro, cargó con la gaseosa y el Hot Dog y se sentó en una banca del parque. Tal vez sólo las personas que lo conocían reaccionaban mal, los que tenían una imagen suya y ahora él mostraba otra, que les parecía repugnante. O tal vez la gente le temía porque él era <<el muerto>>; podía ser eso. Nadie entendía qué era la muerte, todos le tenían horror. El, en cambio, ya la había experimentado. Y esto lo hacía distinto. Era lo mismo como cuando su mejor amigo se había casado; de alguna manera ya no era el mismo de antes, ya no podía reunirse con él e ir a los partidos de FOOT BALL, no podía hacer las mismas bromas de siempre, hablar los mismos temas o contar con su apoyo o atención en cualquier momento. Eran dos seres aparte, de diferentes grupos, tan aparte como lo era él del resto de las personas. Su muerte y resurrección lo hacían una criatura única, imposible de habitar entre los humanos.

Estiró las piernas al frente y, dispuesto a olvidar su

desgracia por un momento, miró a su alrededor. Aquel parque era su favorito: abundaban los árboles, la grama era verde y bien cuidada, no había demasiados niños que gritaran y pelearan, y además, la vista del lago enfrente, de un azul tan profundo como el cielo, era una visión pacificadora y llena de ensoñación. El parque le hacía feliz. Almorzaba allí casi todos los días durante la semana, e incluso lo visitaba en el fin de semana. Le agradaba la vida que latía allí, los enamorados tomados de la mano paseando entre las flores, los puestos de comida y las barcas navegando despacio éntre la brisa a la luz del sol, reflejándose en la espuma de las pequeñas olas.

Mientras daba la primer mordida a su Hot Dog escuchó palabras sueltas de una conversación en una de las bancas detrás de la suya. Masticó de prisa y torció la vista. Eran dos de los empleados de la oficina.

-<<El muerto>> está golpeado... -dijo uno de ellos, casi indiferente-. Parece que tiene moretes por toda la cara.

El paraíso se disolvió ante los ojos del señor Larren. Entristecido, cerró la boca hasta donde la parálisis se lo permitió y estiró las cejas hacia abajo. Sorprendido de que ya todos supieran acerca de la espantosa expresión: <<el muerto>>, se colocó las gafas oscuras y siguió escuchando. Incluso era posible que todos supieran ya acerca de lo que había hecho en la sala de reuniones con el Gerente de Manufactura.

-Tú no sabes nada acerca suyo -le dijo el otro chico.

<<Supongo que ahora aprenderé más de mí que lo que he conseguido en toda mi vida>>, pensó, con una nota de depresión.

-Larren empezó haciendo tonterías hace pocos meses - continuó diciendo-. Eran cosas livianas, sin demasiada importancia. Insultos a los demás, querellas entre amigos, discusiones subidas de tono...

-No sabía... -comentó el otro en voz alta-. ¡Se veía tan

amable! ¡Tan pacífico!

-Sí. Resultó ser un tipo violento. Un día empezó a golpear a los demás. Sí, a golpearlos. Una señora en los apartamentos donde vivía resultó muy mal por culpa suya; ¡por eso lo echaron de allí! ¡El mismo día! Antes lo hacía también con su padre.

<<Mi padre...>>, pensó con tristeza. Llevaba muerto catorce años.

-Su padre; sus hermanos también. Cuando la ley le puso freno, empezó a golpearse a sí mismo; parece ser que se lanzaba contra los muebles y las paredes, se cortaba con cuchillos con filo y se pasaba pedazos de vidrio por el vientre. ¿Te fijaste en los moretes en su cara? Hablan por sí solos.

El señor Larren escuchó aquello sin poderlo creer. ¿Cómo podía la gente hablar así? ¿Quién estaba fabricando aquellas historias? ¡Sólo porque murió durante dos minutos y regresó a la vida con su rostro trastornado!

-Larren es inteligente y nunca se arriesga a cometer actos de salvajismo en público. Está enfermo y necesita hacer daño, causar dolor y miseria; pero lo hace a su debida hora. En el lugar correcto.

-Tiene lógica -recapacitó el otro-. Es mejor estar lejos suyo.

-En fin, luego vino lo de su ataque. Dios o el infierno lo castigaron paralizándole la cara hasta dejarlo así como está ahora, como un monstruo. Dicen que él asegura que en pocos días estará bien nuevamente. Yo no lo creo...

-Se lo merecía...

El señor Larren tragó con dificultada mientras escuchaba la destrucción de su vida y su persona.

-Dicen -el hombre dio un sorbo de su vaso plástico- que sale por las noche a hacer daño cuando ya no puede hacérselo a sí mismo... Le da lo mismo atacar a otros que su propia carne. Suena terrible, pero es probable. Hoy se oye cualquier cosa de la gente...

Escuchar todo aquello era insufrible. Se levantó de la banca y se alejó, desolado. ¿Cómo podían ser así con él? Nunca había hecho daño a nadie. ¡Nunca!

Y ahora, después de tantos años de luchar por una imagen, por darse a respetar, por adquirir una reputación y un nombre, aunque fuera de mediano tamaño, se encontraba con aquello. Todo había sido en vano. Toda su vida era inútil. Estaba peor que antes de haber nacido. Incluso sus propios amigos eran sus enemigos.

¿Para qué había resucitado? ¿Para qué el poder de curar si no podía acercarse a nadie? Era el absurdo más grande de su existencia.

A menos...

Su pecho se apretó con fuerza, ocasionándole un dolor desagradable.

A menos que no tuviera tal poder. A menos que todo fuera una farsa, un engaño propio. ¿Qué pasaría si la mujer en las escaleras lo había fingido todo, para después pedir dinero por el supuesto accidente? Cuando se acercó a ella y la tocó, la mujer habrá creído que estaba descubierta y optó por aquella tontería del dolor, el golpe y los insultos, para desviar la atención de todos los testigos... Del mismo modo con el hombre en la banqueta: podía ser un maleante. Todo, la supuesta cuchillada y sus gritos de dolor, todo había sido una treta para justificar golpearlo, en caso que hubiera un testigo cercano. Huyó seguramente al oír un vehículo acercarse o pasos en la acera... Y con el Gerente de Manufactura: ¿cómo no iba a gritar, si era su hombro enfermo el que él había apretado? Además, todos tenían horror de ver su rostro; ¿cómo no iba a gritar el pobre hombre cuando lo tocó <<el muerto>>, el monstruo que deseaba hacer daño?

Ahora que empezaba a ver las cosas bajo una nueva perspectiva, ya no estaba seguro de nada. Podía haberse estado

engañando, como una reacción ante su muerte y resurrección y su cara abominable. Ante la desgracia, era lógico que el ser humano se fabricase una compensación que balanceara su vida. En su caso era la genial y absurda idea de tener el poder de curar enfermos.

Tenía sentido: una compensación. Sí, demasiado sentido...

Pero no iba a dejarse abatir por la tristeza y convertirse en un perdedor sólo porque ahora dudaba de su poder. Debía averiguar acerca de las curaciones. Tenía que estar seguro. Si tenía el don, entonces todo estaba bien y podía pensar en un futuro. El problema era, como empezaba a anticipar, si no lo tenía...

Forzó el silenciamiento de su mente aturdida y se puso a pensar. Actuaría. Pero no podía hacerlo con conocidos o gente <<normal>>.

Por lo que sólo había una forma de averiguarlo...

La hora de visita ya había terminado cuando entró al hospital. De entre todos los que había dispersos por la ciudad escogió aquél, EL BUEN SAMARITANO, fundado en 1855, un lugar horrible, sin demasiados instrumentos ni médicos, y siempre con un exceso de enfermos. Allí, nadie sabía quién entraba y quién salía, quién visitaba y quién era paciente, quién era médico y quién no. Abundaba el desorden interno. La gente a veces moría en los mismos pasillos y salas de espera sin que el personal se diera cuenta.

Era un buen lugar para realizar un pequeño experimento.

Caminó entre los fríos y oscuros corredores, hechos de grandes bloques de piedra gris, desgastada y sin pintar. Los llantos de dolor y angustia cruzaban de lado a lado a alta velocidad;

casi podía sentirse el fantasmal paso de las almas de los difuntos avanzando hacia las ventanas abiertas para escapar de allí y partir al Más Allá. Los quejidos, la escasa luz, los cuadros decolorados colgando por diversos sitios, la inquietante altura del techo; todo contribuía a deprimir el ambiente, como si su función más bien fuera desterrar de aquel hospital olvidado la poca vida que allí latía.

Caminó de prisa hasta llegar a la sala de emergencias, que no era más que un cuarto de proporciones gigantescas, mal iluminado, con cuarenta o cincuenta camillas ocupadas por enfermos pendientes de ingreso. Estaban colocados en fila, a lo largo de la monstruosa pared, esperando su turno. Caminó despacio de uno en uno, viéndolos al rostro, buscando uno en especial, un tipo de enfermo muy especial, que seguramente sería difícil de encontrar.

En su macabro paseo pudo ver, con cierto disgusto, las camillas, sucias y con manchas de humedad y sangre, con sus ocupantes encima, acostados o sentados, todos sufriendo, quejándose o suplicando. Sus cuerpos debilitados apenas si llegaban a ser alumbrados por los pequeños focos que colgaban del techo, tan altos, que resultaba casi inalcanzable a la vista. Ver aquello le recordó escenas de una película de guerra. Pero bastaba ver los pacientes y la relativa pasividad de los doctores y enfermeras para saber que aquél era un día normal en la vida del hospital, con los tradicionales heridos de bala y cuchillo, los accidentados y atropellados, casos cardíacos, cánceres avanzados y hasta tal vez alguno con derrame.

De pronto el ambiente empezó a afectarle. Ver aquella gente y respirar su sufrimiento y desgracia era una tortura difícil de soportar. Los ruidos y sonidos que el dolor les obligaba a crear era un insoportable murmullo sin fin, repugnante y cruel. Aquel sitio no estaba hecho para seres humanos normales; no era un lugar para él.

Abatido y con náuseas, redujo su velocidad y se apoyó contra una puerta gruesa de madera que daba a una sala de operaciones; tras ella escuchó a una mujer llorar. Pensó en irse. No tenía nada qué hacer allí. Si se iba ahora podría ahorrarse el contacto con la miseria de la humanidad y regresar a su vida. Antes de un mes su rostro estaría como antes; invitaría a todos al bar y a la tercera copa se les olvidaría que había muerto. Y si eso no funcionaba, igualmente podía irse a vivir a otra ciudad y empezar de nuevo en otra oficina, hacer otros amigos, buscar otro apartamento.

Podía intentar retornar a su vida, por la que había luchado ya tantos años. Empezaba a sentirse como un perdedor por su decisión de abandonarla sólo porque su rostro estaba torcido. Debía luchar por ella.

Podía hacer cualquier cosa menos continuar allí, entre aquella gente, que casi no lo era. Los lamentos parecían haber aumentado, la desgracia tenía su propio olor, la penumbra en medio de aquella construcción antigua era símbolo de la pérdida de la vida... Sacudió la cabeza. No podía soportar aquello por mucho tiempo más: los llantos, el delirio, el dolor mortal; dedos delgados y ensangrentados se dirigían hacia él, estirándose para tocar su ropa, sus piernas, sus brazos.

Querían ayuda.

Ayuda. Como él.

Aún estaba a tiempo. Podía regresar a través de los pasillos de aquel edificio construido en el infierno, salir a la calle y olvidarlo todo. Aún podía hacerlo. Sería como una pesadilla que olvidaría con el paso del tiempo, sería un simple desajuste temporal de su mente, invadida por la confusión y sueños imposibles de compensación por su contracción facial.

De pronto, meditando su huida, se topó de frente con la persona que inicialmente había llegado a buscar. La única a la que podría tratar de ayudar sin que se lo impidiera. Un hombre

que había sufrido algún tipo de accidente.

Y ciego.

CIEGO.

Se detuvo a su lado sin saber qué hacer.

El hombre advirtió la presencia inmóvil de otro ser humano cercano a él y preguntó, con voz carrasposa:

-¿Viene usted a ayudarme? Tengo mucho tiempo ya de estar esperando un médico...

Cuando lo vio allí, acostado, comprendió todo, de golpe. No podía dejarse ganar por el asco. Sería igual que todos los demás, que le tenían asco a él, a su rostro. No podía ser lo mismo que ellos. No podía; había resucitado para algo. Y el porqué estaba allí, frente a él, con pantalones oscuros y camisa de manga larga abrochada hasta el cuello. Aquel anciano de barba crecida y rostro triste era el primer paso al encuentro de significado. Su única salida era actuar. Si no lo hacía, nada serviría en su vida. De todos modos, ¿a qué podía regresar? No podría soportar lo mismo de antes.

Respiró de prisa mientras se acercaba al anciano. Aún dudaba. Ya nada era firme y estable. Igual era un impostor que un hombre capaz de hacer milagros. Pero no lo sabía. Ya no sabía nada.

-Sí, he venido para ayudarlo -le dijo con voz suave y llena de incertidumbre, procurando superar sus dudas y la agonía del ambiente deprimente y de tensión.

Se sentó a su lado, en la misma camilla, sin tocar su cuerpo con ninguna parte del suyo o de su ropa y, tras una larga pausa, le preguntó, cubriéndose mecánicamente su rostro torcido.

-¿Qué sucedió?

-No es demasiado... -contestó el hombre, pasándose la mano por la pierna y con los ojos abiertos, fijos en un punto inexistente en el techo sucio e inexistente del hospital-. Me

atropelló un automóvil. Soy ciego; no lo vi.

-¿Esta pierna es la herida? -le rozó la pierna derecha con las yemas de los dedos. Pensó que iba a ser peor el contacto físico con aquel hombre.

-Sí, sí.

-¿Puedo verla? -Necesitaba prueba completa de lo que iba a suceder ante sus propios ojos. No podía quedar la menor duda. El experimento debía ser bien realizado; debía ser claro y sin lugar a error. Su vida cambiaría de acuerdo a lo que fuera a suceder allí, en aquel momento, pasara lo que pasara.

-Claro que sí, doctor. Véala cuanto quiera. Gracias por dedicarme unos momentos...

El señor Larren observó las rasgaduras y manchas de sangre en el pantalón, que lo tenía enrollado hasta la rodilla. A la mitad de la pierna había una gasa, sucia y pegada a la piel con un esparadrapo arrugado y torcido.

-Yo mismo me hice la curación, doc... -dijo el anciano, con una sonrisa de orgullo en su rostro.

El señor Larren vio detenidamente la obra del ciego: la herida parecía ser bastante profunda y dolorosa, pero el hombre no se quejaba. Apretó las mandíbulas y tomó con el índice y el pulgar una de las puntas de la curación y tiró de ella, despacio, procurando apartarla con cuidado.

El hombre gimió de dolor.

-Continúe, doctor; no me haga caso... -se disculpó, indiferente.

El señor Larren vio, nervioso, que un riachuelo de sangre empezaba a manar de la herida que le había abierto. <<¡Dios!>>, pensó, angustiado. <<¿Y si no puedo sanarlo...?>>

Le llegaron nuevas náuseas. El olor de la herida sucia, la sangre seca, la sangre nueva corriendo entre la pierna del anciano y sus dedos manchados con ella, los gemidos a su alrededor, todo volvía a ser enloquecedor e imposible de tolerar. Se apartó

un poco mientras elevaba su cara trastornada por la parálisis hacia el techo.

-¿Es todo doctor? -preguntó preocupado el anciano.

Su repugnancia era tan poderosa como su deseo de saber la verdad. Pero le impedía actuar. Sin embargo sabía que si se iba, jamás iba a volver. Lo sabía. De pronto recordó el asco que todos le tenían a él, recapacitó, consiguiendo combatir la repulsión que sentía en aquel momento. Se llevó las manos a la cara y palpó su boca torcida y las cejas levantadas. Conocía lo que era sentirse repugnante y no podía ser así con nadie más; menos con aquel anciano, que le había confiado su vida.

Estiró su brazo hacia la herida y los dejó flotando encima.

Se daba cuenta qué era exactamente lo que estaba haciendo allí, en qué cosa se había metido, como si estuviera loco, abriendo heridas a enfermos y dándoles falsas esperanzas como si fuera Dios, ¡sin siquiera estar seguro de qué poderes tenía, si es que en verdad tenía...!

Su mano bajó media pulgada y se detuvo en el aire.

Recordó a quienes había curado anteriormente y cómo todo podía ser interpretado de otro modo por su mente, necesitada de significado. Todo podía haber sido un engaño, una ilusión psicológica, las esperanzas inútiles de su mente torturada por el desprecio de los demás y deseosa de encontrar un significado en su vida.

Contuvo la respiración y bajó por completo su mano a la herida, dispuesto a encontrarse con cualquier resultado. Sintió el contacto con la sangre y las orillas de la piel abierta rozar las yemas de sus dedos. Luego, apretó con fuerza.

El hombre no gritó, como esperaba que lo hiciera; sólo se contorsionó en la camilla. Tal vez a su edad el umbral del dolor era más lejano que el normal. Tal vez estaba acostumbrado a sufrir y soportar la tortura de la enfermedad y la desgracia física. Tal vez, tal y como lo temía, no había sentido el calor de la

curación porque, sencillamente, no podía curar; no tenía tal poder.

De pronto, el hombre aumentó su respiración y dijo, en un hilo de voz:

-El calor es demasiado fuerte, doctor. Me está quemando.

-Estoy por terminar -dijo el señor Larren, tenso, con nuevas esperanzas. Tenía la vista fija en su mano, apoyada sobre la pierna.

La apartó un momento y vio que la herida empezaba a tornarse rojiza mientras que por debajo, empezaba a aparecer una capa fina de piel. Segundos después, ante sus propios ojos, la piel quedó cerrada y limpia...

-Doctor, su anestésico está funcionando de maravilla...

-Amigo -le dijo emocionado, pasándose una mano por su rostro paralizado y una lágrima brillando entre sus pestañas-, no es un anestésico. Son mis manos. Sólo mis manos...

-Doctor -su voz estaba temblorosa-, ¿es eso: estoy curado?

-Está. ¡Lo está! -Se inclinó e, incrédulo, vio por largos segundos el lugar en donde había estado la herida, ahora sólo un brochazo de piel rosada, nueva, pura.

Cerró los ojos incapaz de contener la emoción de aquel momento. No recordaba su viaje durante su muerte, pero podía entender a dónde es que había ido en esos breves momentos y qué era lo que allí había hallado. Empezaba a ver lo que ellos significaba en el contexto total de su existencia, así como el incongruente instinto humano de quere ser como los demás. No tenía ya ningún interés de volver a su vida antigua, junto a toda la gente <<normal y sana>>, la vida rutinaria, casi inservible y sin propósito. Ser como antes era una vanidad.

Tenía ante sí la puerta a algo nuevo.

Era lo que era. Y debía actuar. Debía usar lo que poseía. Era su nueva razón de ser.

-Cierre su ojos, por favor -le pidió de prisa, mientras

luchaba por controlar la ebullición de sus emociones.

El anciano obedeció y tensó sus mandíbulas, como si anticipara lo que vendría. Sintió de pronto el roce de unos dedos sobre sus ojos y un calor intenso meterse en ellos y viajar hasta dentro de su cabeza, llenándola. Pero no hubo dolor; era un calor vibrante, eléctrico, casi agradable.

Abrió los ojos, inseguro.

Luego, la claridad creciente, la luz, los colores, las formas.

El techo oscuro y sucio de aquel espantoso lugar.

El rostro deforme del señor Larren.

-Jamás pensé -dijo el anciano sollozando; con lágrimas en sus ojos- que semejante hombre fuera a hacer el milagro de devolverme la vista. ¡La tenía... la tenía por perdida... por siempre!

El hombre estiró sus brazos y lo abrazó con fuerza desde la camilla, sin saber qué decir, qué pensar, qué hacer, sin importarle la forma terrible del rostro crispado de aquel extraño médico.

Pero la falta de asco del anciano no era algo inaudito; para el señor Larren era algo tan claro como su nuevo poder. Allí todos eran imperfectos, sin belleza exterior. Todos eran iguales, tan iguales entre sí como la gente de la oficina lo era entre ella misma. En ella los unía la profesión, las palabras bien escogidas y educadas; los gestos; en el hospital los unía la desgracia, el dolor, la fealdad del cuerpo humano y la necesidad de vivir un día más... Llegaba un momento en que la vista trascendía el cuerpo y nadie era ya horrendo ni desagradable. Pero, para ello, había que ser uno de ellos. Un enfermo, un rechazado.

Y el ya no era compatible con los primeros.

Había cambiado de grupo.

El anciano se puso de pie y empezó a gritar, subiendo los brazos al aire y danzando en pequeños círculos. Las enfermeras llegaron corriendo, sin comprender qué estaba sucediendo.

El señor Larren se situó a un lado.

Ahora entendía aquellas palabras: <<...Los sanos no necesitan de médico...>>. Sí, estaban mejor así: enfermos y ciegos a voluntad. Creyendo que estaban bien. Si los sanaba, lo único que conseguiría sería ingratitud, golpes e insultos.

El anciano, mientras tanto, explicaba alterado lo que había sucedido, desatando un griterío a su alrededor. Varias enfermeras se pararon enfrente, estudiando sus ojos y negando con la cabeza.

El ambiente empezó a vibrar, obligando a otros enfermos, colocados en otras salas, también a gritar, al borde la tolerancia del dolor físico y la desesperación mental.

Pero el anciano continuaba narrando una y otra vez lo que había sucedido. Movía sus manos al aire y repetía cómo había sido curado.

Muchos, deseosos por creer, esperando encontrar soluciones a su sufrimiento y desgracia, se pusieron de pie y empezaron a acercarse al silencioso señor Larren. Avanzaban en grupo con sus manos extendidas al frente, esperando su piedad para darles la sanación.

Su rostro deforme era insignificante allí. No tenía significado alguno para nadie.

Ahora entendía. <<...Los ciegos ven...>>.

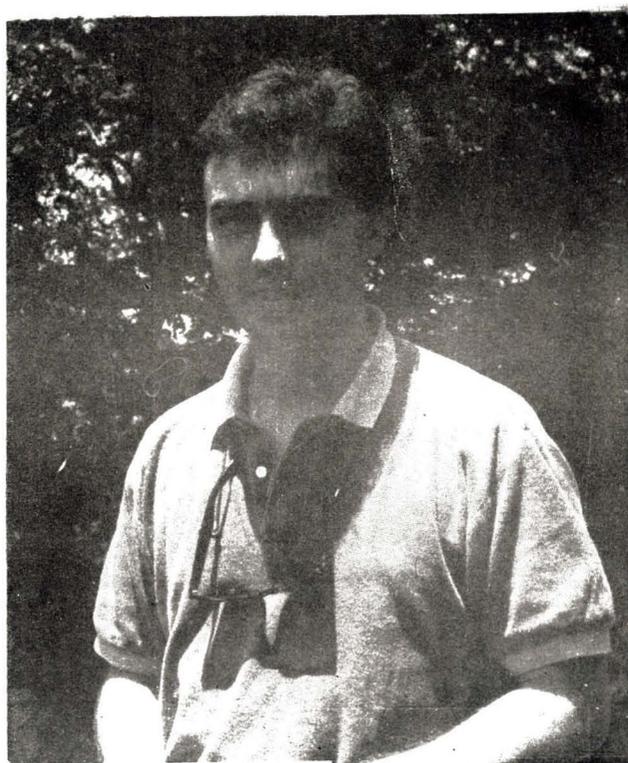
Una mano amoratada se puso ante sus ojos. La tomó con cariño entre sus dedos y la presionó.

¡Qué claro estaba todo! <<...Los muertos resucitan...>>.

FIN



Claudia Johanna Godoy Carrera
Ganadora de Poesía



Francisco Gámez Pascual
Ganador de Cuento



El Consejo Editorial de Abrapalabra y el Jurado Calificador: De pie: Max Araujo, Julio Arévalo, Ernesto Loukota, Ana María Rodas, Enrique Noriega, Juan Fernando Cifuentes. Sentados: Eugenia del Carmen, María Arranz, Alfonso E. Barrientos, German Duarte Castañeda, María Elena Schlessinger, Aída Noriega.

IMPRESOS MONJA BLANCA
500 EJEMPLARES
SEPTIEMBRE 1,992
GUATEMALA, C. A.

EDITORIAL

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

Rector:

Lic. Gabriel Medrano Valenzuela

Vicerrectora General:

Licda. Guillermina Herrera

Vicerrector Académico:

Lic. Luis Achaerandio, S.J.

Abrapalabra
Publicación bimestral

Consejo Editorial:

Julio Arévalo

María Arranz

Alfonso E. Barrientos

Juan Fernando Cifuentes

Ernesto Loukota

Coordinadora:

María Arranz

Diseño:

Julio Arévalo

Portada:

Elmar René Rojas.

Dirección: Universidad Rafael Landívar.
Departamento de Asuntos Culturales, zona 16,
Vista Hermosa III, Apartado de Correos 39 C,
Ciudad de Guatemala, Rep. de Guatemala.

Las colaboraciones son solicitadas. No se devuelven originales.

Q.5.00 el ejemplar.

Hoy sale a luz la obra publicada de los ganadores del reciente certamen literario Abrapalabra, organizado por Asuntos Culturales de la Universidad Rafael Landívar.

Más de 60 trabajos en prosa y alrededor de 50 en verso se recibieron durante los meses de convocatoria: febrero a julio del presente año. Entre todos estos trabajos sobresalieron **Lapidaria y Contracción**, a juicio de los connotados escritores y críticos que compusieron el jurado. Son ellos: Méndez Vides, German Duarte Castañeda y Eugenia del Carmen en la rama de CUENTO, y en POESIA Ana María Rodas, María Elena Schlessinger y Enrique Noriega.

Las obras se analizaron en unas jornadas que duraron del 6 al 13 de julio, fecha en que se leyó en acto público el nombre de los ganadores: **Johanna Godoy y Francisco Gámez**, protagonistas y animadores de este número extraordinario de Abrapalabra, con cuya edición, la URL rinde homenaje al potencial literario de ambos jóvenes.

La idea era ésa: promover el sustrato imaginativo hacia las inquietudes literarias y en ese sentido, Abrapalabra apoya todo tipo de gloria y reconocimiento a quienes hacen de esta tarea una obstinación desesperada.

